

PRÓLOGO

Nos pareció obligado dedicar uno de los volúmenes del Seminario Permanente sobre Literatura y Mujer al tema de la memoria y la autobiografía, porque el elemento autobiográfico aparece estrechamente vinculado a la escritura narrativa de las mujeres.

Durante siglos muchas mujeres no pudieron desarrollar más que una literatura diarística y memorial, que además pocas veces vio la luz. Tanto es así, que no parece descabellado pensar que una de las razones por las que el género autobiográfico ha gozado de escasa valoración hasta fechas bastantes recientes es precisamente por estar asociado al discurso femenino. Por otra parte, de forma perversamente especular, hasta fechas cercanas se reprochaba a las mujeres que su expresión literaria se limitaba, en el fondo, al discurso autobiográfico: leemos, en la solapa de un libro de autoría femenina publicado en 1939, casi como eslogan publicitario: “[esta obra] no es, como la mayor parte de las novelas femeninas, una narración autobiográfica de recuerdos de la adolescencia” (se trata de *Nessuno torna indietro* de la novelista italiana Alba de Céspedes).

Dentro de la extensísima producción autobiográfica y memorialística escrita por mujeres, hemos querido acotar el terreno dedicando nuestra atención sobre todo a las obras de tipo testimonial, cargadas de compromiso ético y político; pero tampoco hemos querido excluir otras facetas del género autobiográfico como la autoficción en sus distintos grados. No hemos propuesto categorías rígidamente separadas puesto que, en la escritura de las mujeres por lo menos, las fronteras pueden ser muy inciertas e, incluso, la literatura del testimonio puede tener elementos de autoficción, como en el caso de Edith Bruck.

Lo que parece evidente es que la autobiografía escrita por mujeres se aleja bastante del canon masculino, pues las escritoras no se inspiran en los modelos establecidos por los escritores y, según Ana Caballé, la autorrepresentación femenina no es enfática como la de los hombres, que suelen reivindicar su “ser único” y su “destino histórico”. Las mujeres suelen centrarse en el relato pormenorizado de hechos y situaciones que han dejado una huella sangrante en su vida, y utilizan la escritura “como un punto de salida antes que de llegada, como una búsqueda moral, como una interrogación a tumba abierta” –utilizando las palabras de la propia Ana Caballé en el

M. ALMELA, M. GARCÍA LORENZO, H. GUZMÁN y M. SANFILIPPO (coords.) (2011). *Ecos de la memoria*. Madrid: UNED (ISBN 978-84-362-6237-7)

ABC Cultural del 20 de junio de 2001–. Por todo esto no es extraño que este volumen contenga varios trabajos que analizan recuerdos vinculados a 10 años fundamentales en la historia de Europa del Siglo XX y obras cuyas autoras sufrieron la Guerra Civil y la posguerra españolas, la Segunda Guerra Mundial en general o, en particular, la persecución y el exterminio de los judíos europeos.

La memoria personal, el recuerdo de las experiencias vividas, por terribles que hayan sido, da paso generalmente en las obras de las autoras aquí estudiadas a la memoria de quienes no tienen voz, y el *yo* narrativo se convierte a menudo en un *nosotros* o *nosotras* en virtud de un impulso generoso de solidaridad, que caracteriza la escritura testimonial femenina.

El Seminario sigue teniendo un marcado carácter internacional, reflejado claramente en los estudios de este volumen que se ocupan de escritoras canadienses, francesas, italianas, etc., aunque las autoras españolas estudiadas son mayoría: Francisca Aguirre, María Zambrano, Carmen Martín Gaité, Teresa Gracia, Carlota O’Neil, Aurora Bertrana y, ya de otra generación, Aitana Alberti y Almudena Grandes.

Para cerrar el volumen, dos escritoras, Francisca Aguirre y Esther Bendahan, han aportado sus testimonios y sus reflexiones sobre la escritura de la memoria. Y nosotras concluimos este prólogo recordando cómo Natalia Ginzburg –una autora famosa por sus obras autobiográficas–, después de afirmar que, en su oficio de escritora, manejaba dos ingredientes fundamentales, la fantasía y la memoria, al final reflexionaba: “Cuando somos felices nuestra fantasía tiene más fuerza; cuando somos desgraciados, entonces actúa más enérgicamente nuestra memoria. El sufrimiento vuelve débil y vaga a la fantasía; [...] nos resulta difícil apartar la mirada de nuestra vida y nuestra alma”. Parece que en el siglo XX hubo muchas mujeres que no fueron felices...

Margarita Almela

María García Lorenzo

Helena Guzmán

Marina Sanfilippo